

“*El poder de los sin poder*”, por Havel, Vaclav. (1978)

*Extractos del original por Bob Moeller, Universidad de Irvine, California.*

1. Un espectro asola Europa Oriental: es el espectro de lo que en Occidente se llama ‘disenso’. Este espectro no ha surgido de la nada. Se trata de una consecuencia natural e inevitable de la etapa actual del sistema al que este fantasma asola. Nació en el momento en el que este sistema, por mil razones, no pudo seguir fundamentándose en la brutal, inadulterada aplicación del poder, eliminando todas las expresiones de disconformidad. Más aún, el sistema se ha vuelto tan políticamente osificado que no hay prácticamente ninguna manera de que tal disconformidad pueda llegar a implementarse dentro de las estructuras oficiales...

2. Nuestro sistema es frecuentemente caracterizado como una dictadura o, más precisamente, como la dictadura de la burocracia política sobre una sociedad que ha sufrido una igualación económica y social. Temo que el término ‘dictadura’, más allá de lo inteligible que pueda considerársele, tiende a oscurecer más que a aclarar la verdadera naturaleza del poder en este sistema... Aunque nuestra dictadura hace mucho que se ha alienado a sí misma de los movimientos sociales de los que nació, la autenticidad de esos movimientos (y pienso en los movimientos proletarios y socialistas del siglo XIX) le otorga una innegable historicidad. Esos orígenes sentaron una especie de cimiento sólido sobre los cuales comenzar a construir lo que llegaría a ser la realidad política radicalmente nueva que hoy vemos, la cual se ha transformado en una parte inextricable de la estructura del mundo moderno... Exige una ideología incomparablemente más precisa, lógicamente estructurada, generalmente comprensible y, en esencia, más flexible; ideología que es, en su elevado nivel de elaboración y completud, casi una religión secular. Ofrece una respuesta a cualquier pregunta posible; es difícil aceptarla sólo parcialmente, y aceptarla tiene profundas implicaciones para la vida humana. En una era en la cual las certezas metafísicas y existenciales están en crisis, en la que la gente está a merced del desarraigo y la alienación, y está perdiendo el sentido de lo que significa este mundo, tal ideología inevitablemente presenta un cierto encanto hipnótico...

3. La profunda diferencia entre nuestro sistema –en términos de la naturaleza del poder– y lo que tradicionalmente se entiende por dictadura, una diferencia que espero quede clara incluso a partir de esta muy superficial comparación, me ha impulsado a buscar, aunque más no sea para los propósitos del presente ensayo, algún término apropiado para nuestro sistema. Si en lo que sigue hablo, entonces, de un sistema ‘post-totalitario’, comprendo perfectamente que quizás no se trate de término más preciso, pero no se me ocurre ninguno mejor. No quiero sugerir mediante el prefijo ‘post’ que ya no se trate de un sistema totalitario; al contrario, quiero decir que es totalitario de una manera fundamentalmente diferente de la de las dictaduras clásicas, diferentes del totalitarismo tal como se lo entiende usualmente.

4. El encargado de una verdulería instala en su ventana, entre las cebollas y las zanahorias, un cartel con el eslogan: ‘¡Trabajadores del mundo, uníos!’ ¿Por qué lo hace? ¿Qué está tratando de comunicarle al mundo? ¿Está genuinamente entusiasmado con la idea de la unidad de los trabajadores del mundo? ¿Su entusiasmo es tan grande que siente el impulso irreprimible de hacer públicos sus ideales? ¿Se ha detenido a

reflexionar por más de un momento acerca de cómo tal unificación podría darse, y sobre lo que significaría?

5. Creo que podemos asumir que la gran mayoría de encargados nunca reflexionan sobre los eslogans que cuelgan en las vidrieras, y tampoco los utilizan para expresar sus verdaderas opiniones. Ese afiche le llegó desde la casa central, junto con las cebollas y las zanahorias. Los puso a todos en la vidriera simplemente porque así se lo ha venido haciendo desde hace años, porque todo el mundo lo hace, y porque así es como tiene que ser. Si se negara, podría tener problemas. Podría quedar sujeto a reproches por no haber decorado su vidriera de la manera apropiada; no faltaría quien lo acuse de deslealtad. Lo hace porque es el tipo de cosas que uno tiene que hacer para poder continuar con su vida. Es uno de los miles de detalles que le garantizan una existencia relativamente tranquila, ‘en armonía con la sociedad’, como suele decirse.

6. Obviamente, el verdulero... no pone el slogan en la vidriera movido por un deseo personal de comunicarle al público el ideal en él expresado. Lo cual, por supuesto, no significa que su acción sea inmotivada o insignificante, o que el slogan no comunique nada a nadie. El slogan es verdaderamente un signo, y como tal contiene un mensaje subliminal y muy diferente. Verbalmente, podría ser expresado así: ‘Yo, el verdulero XY, vivo aquí y sé lo que tengo que hacer. Me comporto de acuerdo a lo que se espera de mí. Soy confiable más allá de toda duda. Soy obediente, y mi obediencia me garantiza el derecho a que me dejen tranquilo.’ Este mensaje, por cierto, está dirigido a una cierta audiencia: se dirige a ‘los superiores’, a los jefes del verdulero, y al mismo tiempo constituye un escudo que protege al verdulero de potenciales delatores. El verdadero significado del slogan, entonces, está firmemente imbricado en la existencia del verdulero. Refleja sus intereses vitales. ¿Pero cuáles son esos intereses vitales?

7. Tomemos nota: si al verdulero le hubieran ordenado colgar un afiche que dijera ‘Tengo miedo y por eso obedezco sin cuestionar’, no sería tan indiferente a estas cuestiones semánticas, aunque el letrero de hecho reflejara la verdad. El verdulero se sentiría avergonzado y humillado de ofrecer tan inequívoca declaración de su propia degradación en la vidriera de su propio negocio (comprensiblemente, ya que es un ser humano y posee un sentido de su propia dignidad). Para evitar esta complicación, su expresión de lealtad deberá tomar la forma de un signo que, al menos en su superficialidad textual, indique un cierto nivel de convicción desinteresada. Le debe permitir decirse ‘¿y qué hay de malo con que los trabajadores del mundo se unan?’. Por lo que el signo le permite al verdulero esconder de sí mismo los bajos intereses que motivan su obediencia, al tiempo que se encubre a sí mismo los bajos intereses que determinan el poder. Se los encubre bajo la fachada de algo elevado. Y ese algo es la ideología.

8. La ideología es una manera engañosamente convincente de relacionarse con el mundo. Le ofrece a los seres humanos la ilusión de una identidad, de dignidad y de moralidad, al tiempo que les facilita no comprometerse con ellas. Como el altillo en que se guarda algo suprapersonal y objetivo, permite que la gente engañe a su conciencia y esconda su verdadera posición y su indigno *modus vivendi*, y les permite esconderlos tanto del mundo como de sí mismos. Se trata de una manera pragmática pero, al mismo tiempo ‘respetable’ de legitimar lo que está por encima, por debajo, y a los lados. Está dirigida a la gente y a Dios. Es un velo detrás del cual los seres humanos pueden

esconder su propia existencia degradada, su trivialidad, y su adaptación al *status quo*. Es una excusa de la que cualquiera puede echar mano, desde el verdulero, que encubre su miedo a perder el trabajo tras un supuesto interés por la unificación de los trabajadores del mundo, hasta el más alto funcionario, cuyo interés en permanecer en el poder puede disfrazarse con las consignas del servicio a la clase obrera. La función primariamente excusatoria de la ideología, entonces, es ofrecernos la ilusión de que el sistema se encuentra en armonía con el orden humano y el orden del universo (tanto a las víctimas como a los que sostienen el sistema post-totalitario)...

9. El sistema post-totalitario toca nuestras vidas a cada paso, pero lo hace con el guante de la ideología. Es por eso que la mentira y la hipocresía permean toda la vida dentro del sistema: al gobierno burocrático se le dice gobierno popular; a la completa degradación del individuo se la presenta como la liberación máxima; a la desinformación se la llama disponibilidad de la información; al uso manipulativo del poder se lo llama el control público del poder, y al abuso arbitrario de poder se lo llama obediencia al código legal; a la represión cultural se le dice desarrollo; a la expansión de la influencia imperial se la llama ayuda a los oprimidos; la falta de libertad de expresión se transforma en la máxima forma de libertad; la elecciones fraudulentas resultan ser la forma superior de la democracia; la prohibición del pensamiento independiente resulta ser la visión más científica del mundo; la ocupación militar resulta ser asistencia humanitaria. Como el régimen se encuentra preso de sus propias mentiras, se ve obligado a falsificar todo. Falsifica el pasado. Falsifica el presente, y falsifica el futuro. Falsifica las estadísticas. Finge no disponer de un aparato policíaco omnipotente y carente de principios. Finge respetar los derechos humanos. Finge no perseguir a nadie. Finge no temer a nada. Finge no estar fingiendo.

10. No es necesario que los individuos crean todas estas mistificaciones, pero sí deben comportarse como si las creyeran, o al menos deben tolerarlas en silencio, o seguirles el juego a los que lo hacen. Es por esta razón que deben, sin embargo, vivir en la mentira. No es necesario que acepten la mentira. Es suficiente que acepten su propia vida *con* la mentira y *en* la mentira. Por este mismo hecho es que los individuos confirman el sistema, completan el sistema, constituyen el sistema, *son* el sistema.

11. ¿Pero por qué nuestro verdulero tuvo que exhibir su lealtad en la vidriera de su negocio? ¿No la había exhibido lo suficiente en varias formas internas o semipúblicas? Después de todo, nunca dejó de votar 'como era debido' en las reuniones sindicales. Siempre tomó parte de variadas competencias. Votó en las elecciones como todo buen ciudadano. Incluso firmó el 'antiCharter'. ¿Por qué, encima de todo eso, debe aún declarar públicamente su lealtad? Al fin y al cabo, la gente que pasa frente a su vidriera no se detendrá para leer ese cartel que informa que, en la opinión del verdulero, y de los trabajadores del sindicato, los obreros del mundo deberían unirse. El hecho es que nadie lee el slogan, y podemos asumir que nadie lo ve siquiera. Si le preguntáramos a una señora que se ha detenido frente al negocio qué fue lo que vio en la vidriera, seguramente nos informaría sobre si había o no tomates, pero es muy poco probable que se haya percatado del slogan, ni hablar de leer lo que decía.

12. Parece que no tiene sentido exigirle al verdulero que declare públicamente su lealtad. Pero aún así tiene sentido. La gente ignora el slogan, pero lo hacen porque en otros negocios también hay de esos slogans, y también en las paredes, en los boletines, en las ventanas de los departamentos; de hecho, están en todos lados. Forman parte del paisaje de la vida diaria. Por supuesto, aunque la gente ignore los detalles, está

perfectamente al tanto del paisaje. ¿Y qué otra cosa es el slogan del verdulero más que otro pequeño componente de es inmenso telón de fondo de la vida diaria?

13. Por lo tanto, el verdulero tuvo que poner el slogan en la vidriera no porque esperara que alguien en algún momento llegara a leerlo o dejarse persuadir por su consigo, sino para que contribuyera, como miles de otras consignas, al paisaje del que todos están al tanto. Este paisaje, por supuesto, también posee un significado subliminal: le recuerda a la gente dónde viven y qué es lo que se espera de ellos. Les dice lo que el resto de la gente está haciendo, y les indica qué es lo que deben hacer ellos mismos si no quieren ser excluidos o aislados, o alienarse de la sociedad, rompiendo las reglas del juego, y arriesgarse a perder su paz y su tranquilidad y su seguridad...

14. Imaginemos que un día algo cambia dentro de nuestro verdulero y de pronto deja de colgar afiches por el solo hecho de permanecer integrado. Deja de votar en las elecciones cuya falsedad reconoce. En las reuniones políticas empieza a decir lo que realmente piensa. Y aun encuentra la fuerza para expresar su solidaridad para con aquellos que su conciencia le reclama defender. En esta rebelión el verdulero deja de vivir en la mentira. Rechaza los rituales y rompe las reglas del juego. Redescubre su identidad y su dignidad suprimidas. Le otorga un sentido concreto a su libertad. Su rebelión es un intento de vivir en la verdad...

15. Pero no pasa mucho tiempo antes de que le empiecen a pasar factura. Se lo desplazará de su puesto de dependiente y se lo transferirá al depósito. Se le reducirá la paga. Sus esperanzas de pasar las vacaciones en Bulgaria se evaporarán. Verá amenazada la posibilidad de que sus hijos accedan a una educación superior. Será acosado por sus superiores y sus compañeros se preguntarán qué le pasa. Sin embargo, la mayoría de los que le apliquen las sanciones, no lo harán basados en ninguna convicción sincera, sino simplemente por la presión de las condiciones, las mismas condiciones que una vez obligaron al verdulero a colgar en su vidriera las consignas oficiales. Perseguirán al verdulero porque es lo que se espera de ellos, o para demostrar su lealtad, o como parte del paisaje general, que viene con un reconocimiento de que esa es la manera de manejar este tipo de situaciones; que, de hecho, así es como siempre se hicieron las cosas, sobre todo si uno quiere evitar transformarse uno mismo en sospechoso. Los verdugos, entonces, se comportan básicamente, en menor o mayor grado, como cualquier otra persona: como componentes del sistema post-totalitario, como agentes de su automatismo, como insignificantes instrumentos de la autototalidad.

16. Y así la estructura de poder, a través de las acciones de los que llevan adelante las sanciones, esos anónimos componentes del sistema, vomitará al verdulero de su interior. El sistema, mediante su alienante presencia en las personas, lo castigará por su rebelión. Y *debe* hacerlo porque así lo dicta la lógica de su automatismo y de su autodefensa. El verdulero no cometió una única ofensa individual, aislada en su unicidad, sino algo incomparablemente más serio. Al romper las reglas del juego, ha desestabilizado el juego mismo. Lo expuso como un mero juego. Ha destruido el mundo de las apariencias, ese pilar fundamental del sistema. Ha alterado la estructura de poder disolviendo aquello que la mantiene unida. Ha demostrado que vivir una mentira es vivir una mentira. Ha irrumpido en la fachada del sistema y ha expuesto las verdaderas, las auténticas bases del poder. Ha declarado que el emperador está desnudo. Y como el emperador de hecho está desnudo, acaba de suceder algo extremadamente peligroso: con su acción, el verdulero le habla al mundo. Les permite a todos espiar detrás de la

cortina. Vivir en la mentira sólo puede constituir el sistema si es algo universal. El principio debe abarcar todo y penetrarlo todo. Bajo ningún término puede coexistir con una vida en la verdad, y por ello cualquier desobediencia lo niega y lo amenaza en su totalidad...

17. La esfera original y más importante de la actividad, la que predetermina todas las otras, no es más que el intento de crear y sostener la vida independiente de la sociedad como una expresión articulada de la vida en la verdad. En otras palabras, servir coherentemente a la verdad, de manera consciente, articulada y organizada. Después de todo, es natural: si vivir en la verdad es el punto de partida fundamental de cualquier intento significativo de oponerse a la presión alienante del sistema, será éste el único fundamento significativo de cualquier acto de importancia política, y si, a fin de cuentas, esa es la fuente existencial más intrínseca de la actitud ‘disidente’, entonces es difícil imaginar que incluso lo manifiestamente ‘disidente’ pueda estar basado en otra cosa que no sea el servicio a la verdad, a la vida verdadera, al intento de hacer lugar a los fines genuinos de la vida.